

Citas con explicaciones

Azara y la medicina de los indios salvajes

Félix de Azara nació en 1746, en Burbuñales, provincia de Huesca, en una familia ilustre de Aragón. Estudió en la Universidad de Huesca, luego ingresó en la Academia Militar de Barcelona y a los 21 años era alférez del Cuerpo de Ingenieros. En 1777, un año después de la creación del Virreinato del Río de la Plata, España y Portugal, disputando sobre los límites de sus colonias en América, firmaron, después de una guerra, el tratado de San Ildefonso que fijó las bases para trazar los límites y alejó a Portugal del Río de la Plata y a España de Río Grande; en 1778 el tratado se ratificó en El Pardo. Se nombraron comisionados para determinar los límites sobre el terreno, Azara fue uno de ellos. Agregado a la Marina como teniente coronel de Ingenieros, se embarcó para América en 1781; mientras viajaba lo ascendieron a capitán de fragata y en 1789 a capitán de navío. Azara permaneció 18 años en el Río de la Plata. Cumplió con la comisión, levantó mapas, colonizó, observó, estudió, describió y anotó todo lo que pudo. Se convirtió en naturalista. Volvió a España en 1801, en 1802 retornó al ejército como brigadier. En 1801, en París y en francés, se publicó su libro *Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*; en 1802 se publicó en castellano en Madrid. En 1805 apareció su *Apuntamiento sobre los Pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*. Ambos fueron dedicados a su hermano Nicolás (1730-1804), destacado diplomático que era embajador en París. Los hermanos, hasta entonces, sólo se habían visto dos días en su vida, en 1765, cuando Nicolás pasaba por Barcelona. Félix se trasladó a París y dimitió de su cargo de brigadier. Nicolás murió en 1804 y Félix retornó a Madrid y fue nombrado Miembro de la Junta de Fortificaciones y Defensa de ambas Indias. Finalmente se retiró a su pueblo natal, allí falleció en 1821. El libro más conocido de Félix de Azara, tal vez el mejor, es *Voyage dans l'Amerique meridionale*, publicado en 1809, en París. La traducción castellana ha vuelto a editarse, F. de las Barras fue su traductor y autor de una noticia preliminar sobre vida y escritos de Azara¹. El traductor –y biógrafo sucinto– destaca, entre otras noticias, que Azara era único en su aversión por el pan, que no comía nunca. Azara comió pan hasta los 25 años cuando consultó un médico en Madrid por dificultades en la digestión y malestar general después de comer. El médico le aconsejó no comer pan. Azara dejó el pan, se curó, y esto, a él, no le parecía extraño "pues los habitantes de los países que he recorrido no lo comen nunca y viven tanto o más que nosotros". Otra noticia, Azara "esquivaba cuanto podía a las indias cristianas y prefería a todas las demás, las mulatas un poco claras" (1a). Nada reemplaza la lectura del libro. Transcribimos algunos párrafos referidos a la práctica de la medicina entre "los indios salvajes":

"[...] Yo no he advertido que estuvieran [los charrúas] sujetos al mal venéreo ni a ninguna otra enfermedad particular, y su vida me parece más larga que la nuestra. Pero, no obstante, como a veces se ponen malos, tienen sus médicos. Estos no reconocen más que un remedio universal para todos los males, que se reduce a chupar con mucha fuerza el estómago del paciente para extraer el mal; tal cosa han sabido hacer creer estos médicos para procurarse gratificaciones" (1b).

Unas páginas más adelante Azara nos informa que los médicos minuanes hacen lo mismo que los charrúas, chupan el estómago a los enfermos, pero que no sólo los hombres ejercen la medicina sino también algunas mujeres de edad que consiguen, a veces, convencer a hombres sin mujer, que ellas tienen poder sobre la vida y la muerte y, asustándolos así, consiguen casarse con alguno (1c). Los guanás, otra tribu, usan la técnica de chupar el estómago, pero la profesión está reservada a las viejas (1d). Azara no dice qué es lo que consiguen estas viejas. Después nos enteramos que los mbyayás curan con la misma técnica pero que abandonan al enfermo que no está en condiciones de seguir a la horda y cuya enfermedad sospechan que va a durar mucho (1e).

La práctica terapéutica de chupar el estómago era común entre los indígenas del Río de la Plata y los de la inmensa nación Tupí-Guaraní; había médicos chupadores y sobadores (muchas veces la succión estaba precedida por masajes o frotamientos) desde la Tierra del Fuego hasta el estrecho de Behring³. Más aún, entre los aborígenes de Australia². En suma, una práctica tal vez universal entre los pueblos primitivos.

La hipótesis más antigua acerca de la causa de las enfermedades ha sido la que un cuerpo extraño las produce. Un cuerpo extraño natural: flechas, piedras, espinas, parásitos, alimentos, etc.; o un cuerpo extraño sobrenatural: demonios, espíritus malignos, emanaciones mágicas, etc. El médico o chamán debía extraerlo para curar al enfermo. Para esto soba y chupa la zona del epigastrio (u otras partes doloridas) hasta sacarlo. La maniobra se acompaña de ceremonias, oraciones, ingestión de alucinógenos, etc. El médico o chamán tiene poder porque puede comunicarse con un mundo al que sólo los iniciados llegan, y trata de demostrarlo. El éxito de la operación se prueba, no es imprescindible, mostrando el cuerpo extraño extraído (un huesito, una piedrita, un gusano, etc.). Ese cuerpo extraño es la causa o la materialización de la causa, si ésta es sobrenatural. La práctica ha sido descrita por observadores como Azara, médicos historiadores² y antropólogos⁴. Los procedimientos son similares en todos lados. Los resultados no siempre son buenos; en el siguiente fragmento Azara cuenta lo que ocurre cuando las cosas salen bien y cuando no salen bien:

[...] "En general, los payaguás, así como todos los indios salvajes, están persuadidos, o al menos inclinados a creer, que el médico conoce y puede curar toda clase de enfermedades y que nadie moriría si el médico quisiera curarlo.

Esto es lo que dicen los mismos médicos, y procuran persuadir de ello para hacerse pagar bien y ser considerados en la sociedad. En efecto, lo consiguen, y algunas personas aseguran que las primicias de todas las vírgenes son para los médicos. Para ejercer esta profesión basta creer que se tiene la habilidad necesaria, y lo es generalmente el más borracho y holgazán. [...] Resulta, como entre nosotros, que la mayor parte de los enfermos se curan, lo que da fama a los médicos, y los demás enfermos sucumben a la última enfermedad. Pero si muere muy de prisa los demás salvajes se enfurecen con el médico y le dan una paliza y a veces lo matan" (1f).

Estos fragmentos de Azara muestran el particular vínculo entre el enfermo y su médico. La necesidad y esperanza de ser curado, las virtudes que se esperan —y los defectos— del que cura y la retribución cuando esa relación satisface la esperanza y cuando no lo consigue. Hay suficientes evidencias para sostener que cada individuo es único y que las generalizaciones nacionales, climáticas o cromáticas son banales, cuando no son criminales. Hay, también, suficientes evidencias para sostener que todos los individuos de la subespecie *Homo sapiens sapiens* comparten características biológicas que incluyen particularidades que suponíamos culturales y cuyas raíces son biológicas. Compartimos con simios y elefantes la simpatía, el cuidado del necesitado, por el que se encuentra en peligro, la compasión

hacia los individuos que no son de la misma progenie⁵. Como individuos somos únicos, como *Homo sapiens sapiens* somos todos iguales. Huyamos de las torpes diferenciaciones y uniformidades nacidas, como argumenta Sebrelli, del relativismo cultural (ej.: "cada uno tiene su verdad...") y de los particularismos antiuniversalistas (ej.: "Los turcos son...", "los italianos son...")⁶. El núcleo de valores de la medicina: curación, alivio y compasión, tiene viejas raíces, pero son vulnerables a la distorsión y la subversión, como nos advierten Barondess⁷ y el Comité de Ética de la Sociedad Argentina de Investigación Clínica en reciente Simposio⁸. Utilicemos, además, y muy bien, el contenido de tratados, textos, revistas, CD-ROMs y DVDs, la experiencia propia y ajena, las habilidades y la prudencia necesaria para sacar cuerpos extraños. No nos arriesguemos a que nos apaleen los enfermos, sus familiares o amigos.

Juan Antonio Barcat

Instituto de Investigaciones Médicas Alfredo Lanari,
Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires,
Combatientes de Malvinas 3150, 1427 Buenos Aires

1. Azara F. de. Viajes por la América meridional. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1998. Traducción castellana de F. de las Barras de *Voyage dans l'Amérique meridionale (1809)*. a) T I, p 7-30; b) T II, p 17; c) T II, p 22; d) T II, p54; e) T II, p63; f) T II, p 75.
2. Pardal R. Medicina Aborigen Americana. Buenos Aires: Anesi, 1937. Introito (J. Imbelloni) p5-22; p 69-73. Láminas I y II, Fig. 1.
3. Lyons AS, Petrucelli RJ. Medicine. An Illustrated History. New York: Abrams, 1987. Bilbo, or American Indian medicine man. Fig. 46, p38.
4. Harris M. Antropología cultural. Madrid: Alianza, 1993. Traducción castellana de V. Bordoy y F. Revuelta de *Cultural Anthropology, 2nd. edition* (1983). p 409-470. Cuadro 12-3, p 430.
5. Waal FBM de. Good Natured: The Origins of Right and Wrong in Humans and Other Animals. Cambridge (Massachusetts): Harvard UP, 1996. p 40-88.
6. Sebrelli JJ. El asedio a la modernidad. Buenos Aires: Sudamericana, 1991. p 19-69.
7. Barondess JA. Care of the Medicine Ethos: Reflections on Social Darwinism, Racial Hygiene, and the Holocaust. *Ann Intern Med* 1998; 129: 891-8.
8. Comité de Ética. Sociedad Argentina de Investigación Clínica. Simposio, 1998. *Medicina (Buenos Aires)* 1998; 58: 543-57.

- - - -

Siempre he procurado evitar el estilo de novela, es decir, ocuparme más de las palabras que de las cosas. Igualmente he tenido cuidado de no exagerar ni la magnitud, ni la pequeñez, ni la rareza de los objetos, y emplear siempre la expresión conveniente a la medida real de cada cosa, tal como la he visto o tal como la concibo.

Félix de Azara (1746-1821)

Viajes por la América Meridional (1809) [Publicada originalmente en francés como *Voyage dans l'Amérique méridionale*]. Buenos Aires: El elefante blanco, 1998, Tomo I, p 49